

CREACIÓN

APOCATÁSTASIS

// Mario José Reyes
Estudiante Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

He volado desde que abrí los ojos. Un misterio: desentrañar el por qué me muevo. Creo volar pero aún no me he visto con alas; solo deambulo, tropiezo, o simplemente me dejan ir. El colchón enorme intenta despedirme en cierto sitio infinito. Lo de allá afuera es un cielo imponente, algunas aves que vuelan, agua que cae, y paraíso de hebras verdes que recorren la inmensidad de luces diminutas. Estoy extasiado. La reluciente esfera pestañea unas cuantas veces y otras se muestra como un faro que me guía. A veces es una larga tormenta que no me suelta, un viento continuo que parece hacer parte de

este cuerpo. He comprendido que hay un tiempo más brillante que el otro. El sombrío me llena de pasión, muchas veces se vuelve algo lúgubre... Puede ser sonidos de cosas que gritan o monstruos que se manifiestan a mi lado, que chorrean agua, saltan, o me golpean. Pero es sin duda erotismo y calma. En el otro, esa cosa radiante hace que el paisaje que contemplo brille, y se ateste de colores que se mueven como el cosmos.

Hace poco sentí que algo me sacudía; identifico sus chillidos, parecen risas. Pretenden moverme, pasearme. Siempre después de encontrarlos hay tropiezos, y cosas pequeñas, grandes, me detienen, me aquietan. Luego el colchón con su fuerza me brinda a la nada. La nada, según, es vacío, un vacío camino, pero ese camino, aunque sea imprevisto, es un camino de pompa, una sacudida. Una hoja no está tan lejos de lo que soy, y más, si es el viento quien la lleva. Aunque no logro moverme, me muevo, algo me direcciona. Soy la vida que se mueve, la que nace, soy las gotas de agua que caen, soy el pensamiento que ha llegado y soy las cosas que me rodean.

Ha sido un camino largo, todo me acoge. Siento que me desquebrajo. Soy líquido, poco a poco seré agua salada, agua que cae del cielo. Me anuncian que seré el mundo.



—Mira el cuerpo. Allí está
— ¿Dónde?
—Se ve tan muerto

Del barco pesquero se tiraron dos hombres. El cuerpo estaba casi descompuesto, pero aún se detallaba su aspecto. Era de estatura media y pelo negro. Tenía heridas y mordidas en todo el cuerpo; parecían llagas negras cubiertas de alga y barro. Cuando lo subieron al bote, lo tomaron delicadamente. Aún tenía los ojos abiertos.

Me vistieron de blanco, y luego, al instante, eran cuatro paredes, llaves botando agua,

susurros de formas que caminan. Me introdujeron en un cajón; aunque está abierto me siento atrapado. Solo pude presenciar la foto que colgaba arriba: un viejo agarrando con sus manos una trucha inmensa, dichoso en ese infinito colchón azul. Cerraron mis ojos. Todo es silencio. Las dos puertas del cajón se acercaban más y más a mí. Supuse que volverían los cielos, las luces, la totalidad. Me dan un nombre, me encierran en esta absoluta nada y la oscuridad se desenvuelve como un todo. Luego la tierra cae como antes caía la lluvia. Mi cuerpo comienza a desquebrajarse. Quizás aquellos gusanos que comienzan a salir de mi cuerpo me devuelvan al mar.

LA EXHUMACIÓN DE RAMÓN

// Vincent Taborda
Estudiante Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

Llovía. A Nelcy Lucas le amanecieron doliendo las várices. Le daban picadas y sentía cómo se le retorcían en la pierna, protuberantes y verdes. Tenía el pie derecho hinchado y los calambres le habían empezado desde la madrugada. Llamó a Eusebio desde la cama. En el patio, el árbol de mamón rozaba sus ramas contra el techo.

—Pobre Ramón. Debe tener frío. Ya voy.

Sentía un hormigueo en la úlcera del pie derecho. En el otro, solo calambres y cosquillas. Trató de incorporarse y bajar el pie pero no pudo. En lo único que pensaba era en el gran árbol. Podía imaginarlo meciéndose con sus ramas sobre la casa. Lo escuchaba crujir bajo la lluvia. Cada invierno era lo mismo. La misma zozobra. Y la misma sentencia: el árbol no se corta. Le recordaba a Ramón. La última vez que lo vio, fue allí, hacía cuatro años ya, colgado como un gajo de mamón seco.

En frente de la cama, una fotografía. Conservaba polvo en vez de recuerdo. Pero algunos rostros se distinguían.

Solo cuando hube enviado la foto con el encabezado textual de la postal, supe que me iba a morir. Era una imagen en donde estaba con los muchachos de aquel grupo de teatro y artes escénicas de la adolescencia. Esa noche después de la presentación nos tomamos la foto detrás del escenario con los atuendos del acto. Era muy chistoso vernos en la imagen. Estaba Camila, la doctora; Orlando, el enfermero; Rodrigo, el paciente; Ramón, el familiar del paciente y yo, una enfermera. La fotografía se la envié a esa muchachita alocada que insistía tanto en que se la enviara. No recuerdo si ella estuvo presente esa noche entre el auditorio. Pensándolo bien, no tenía por qué estarlo. ¿Qué decía la imagen?: “para el recuerdo”. ¡Vaya, qué explícito! Si hubiese visto con malicia la mariposa ojona que se posó detrás de la puerta, quizá me hubiese dado tiempo de... En fin, ya estoy muerta y confundo la memoria con este fluido de las cosas en el pensamiento. Recuerdo lo del drama porque hay soporte físico de ese momento. Y a Ramón porque, bueno... él es Ramón. Un día de estos me encontrarán yerta, cuando se hagan las ocho y no me haya despertado a sentarme en esa silla de ruedas que me ampolla el culo o quizá mucho antes, cuando Eusebio entre a buscar el polvo para los abrojos y me llame para preguntarme por él. Tal vez no se dé cuenta sino pasado el mediodía. ¡Miércoles! Olvidé que hoy él iría al cementerio. Olvidé que mañana es el bautismo de Fabián. ¡Bah! Al fin y al cabo para muchos ya estoy muerta hace rato ¿Qué tiene de tragedia morir de verdad verdad cuando te has estado muriendo todos los días un poquito? Pedazo a pedazo...

Eusebio entró al cuarto con el cepillo en la boca. La tomó entre sus brazos y la sentó en la silla de ruedas. El muñón de la pierna izquierda le colgaba inerte. El piso estaba frío y la pierna le palpitaba con fuerza. Un pus ensangrentado le reventó de la herida. Eusebio puso a calentar agua. Abrió la nevera y le sirvió un vaso de la infusión de moringa.

—El frío te está empeorando eso. Lo tienes feo. ¿Qué te dijo la doctora?

—Que si la corrupción sigue me van a terminar mochando por pedazos.

Se tiró a la calle apesadumbrado. La lluvia le pesaba en la espalda.

La luz pública estaba encendida. Los carros salpicaban la acera por las corrientes que descendían. Quiso estar en otro lugar, ser otra persona para no tener que ver lo que estaba a punto de suceder. “Cerraré los ojos. Eso es todo —se dijo—. Nadie notará que no lo vi”. Siguió poniendo un paso delante del otro, impasible, bajo la lluvia.

La bóveda era de cuatro puestos; dos abajo y dos arriba. Los restos de Ramón estaban a la



Eusebio fue a llorar al baño, un llanto amargo, ronco. Había aprendido a gritar en silencio hacía muchos años, como a echarse la culpa de todo cuanto ocurriera... sencillamente porque, ante todo había aprendido, que no podía culpar a Dios.

Le lavó el pie con agua tibia y alcohol. La herida despedía un olor dulzón. La piel se le estaba tornando oscura y agrietada. Le amarró una venda y le alcanzó una silla para que reposara el pie. Miró el reloj de pared y eran las nueve. Tenía una hora de retraso. En el cementerio lo debían estar esperando el sepulturero y Merce, la dueña de la bóveda. “Pero el mundo gira lento cuando llueve”, pensó. Abrió la puerta de la calle. La lluvia había cedido. Se despidió de Nelcy y se marchó.

—Acuérdate de las flores.

derecha, arriba. Las flores estaban esparcidas en el suelo. Marchitas. Muertas. La esperma de las velas era una mancha desteñida por el sol. Al pie de la bóveda había reventado la maleza. Fueron tres golpes con la mona cuando cedió el primer bloque. El sepulturero metió la mano y golpeó desde dentro los otros tres. Merce se tapó la nariz con su pañuelo. Eusebio percibió un olor rancio, nada desagradable. Nadie lo obligaba a ver semejante escena. Pero debía hacerlo. No lo vio en el velorio, cuando aún conservaba el rostro adusto, recio. ¿Por qué debería verlo ahora, desvaído? Todos en el barrio tenían que ver con su gran parecido. Él fingía causarle gracia, pero nadie sabía cómo le remordía por dentro que lo compararan con él.

Sacaron el ataúd. Estaba descolorido, pero la madera aún se veía firme. Lo destaparon.

Despidió un vaho sofocante. Eusebio no miró, apretó los ojos.

“¡Ay Dios mío!”, el grito de terror de la señora Merce lo previno. El muerto lucía macilento, con la piel estirada y polvorienta.

Eusebio se quedó delante del ataúd. No pensaba en nada. Solo lo miraba a la cara. Estaba muerto, no había duda. Sus cuencas hundidas se lo decían. Las manos cruzadas en el pecho eran unas falanges cubiertas por una fina capa de piel terrosa. Pero el rostro aún conservaba la expresión tosca de su padre. «Los muertos nada sienten. Nada oyen. Nada ven», se repitió.

Te ves peor... pero siempre fuiste un mal padre. Y lo sigues siendo, porque en el recuerdo estás vivo. Mi madre y todos me han dicho que soy tu viva imagen. Lamento hacerla infeliz. Confieso que no fui a tu entierro porque no quise verme muerto. No sé cómo hubiese reaccionado al verme allí, yerto. Me he visto muerto en sueños, pero soy yo, no eres tú, aunque a estas alturas de la vida es jodido saber hasta qué punto yo soy producto de mí mismo, de mis decisiones y mi autonomía, o si soy un mal programa que emula tu miseria. ¿Cómo puede morirse lo que siempre ha estado

muerto? O en el peor de los casos, lo que nunca fue. Si algo no fue no hay rostro que olvidar, ni actitudes que odiar. No hay nada. Sólo yo: el exponente de tu miseria. La ineludible prueba de tu existencia. Esto me lo estoy diciendo a mí, o a algo de ti en mí, del ti fantasmal, espectral, inasible, ese ti que invoca un nombre áspero: Ramón. Qué pesado cargar con todo esto. Con esta negación antes de la negación. Gracias a Dios pude despojarme del anatema de tu apellido. Ensució mis diplomas y fue un problema en la universidad cuando llegué con otro. Eso has sido para mí: un problema. Un jodido saco lleno de ladrillos que no puedo bajar. ¿Cómo olvidar si te olvidas? ¿Cómo matar si te mueres? La paradoja de ser lo que no fue. Estas son las razones por las que nunca quise vivir contigo. Sin embargo, la vida, el destino, Dios, o lo que sea (siempre nos gusta pensar, para evitar responsabilidades, que algo o alguien más controla nuestras vidas), me llevó a vivir con la familia de mi madre después de tu muerte. La jodiste Ramón. No habla, no camina. Está sentada, vacía. Sintiendo cómo se degenera lentamente. No te odio, no me dueles, no te recuerdo. El único papel que haces bien es el de muerto.

Permanecía sin voz, ínfimo ante la muerte, cuando se acordó de las flores.

ONDAS

//Nabely Figueroa Lee
Estudiante Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

Una gota de agua le salpicó el brazo obligándolo a salirse de sus pensamientos para volver a encontrarse con Ella, y para su sorpresa la encontró hermosísima, encantadora. Estaba jugando a ser sirena en un mar artificial, sin algas, sin cangrejos, sin tritones, sin público. Ella nadaba de un extremo al otro con toda la elegancia que Él nunca le había concedido, y creaba con toda naturalidad una onda de nunca acabar. Él la observaba y mientras más la observaba, más

absorto se encontraba en sus movimientos, y entre más absorto más alienado, y entre más alienado más doblegado, y cuanto más doblegado más obsesivo y entre tanta obsesión se le pierde la cordura, ya no hay cordura. ¿Qué es la cordura? Y ella sigue moviéndose perversamente, mientras lo mata, mientras lo encanta, ya no es Él y sus circunstancias, ahora es Ella en el agua, perturbándola, perturbándolo y entre tanta demencia

No hubo más ondas.

Ella se había detenido para observarlo. Estaba en una esquina de la piscina, pero allí, en la quietud, ya no era hermosísima, solo era hermosa, y le molestó tanta simpleza, le molestó tanta quietud, así que se acercó

al borde de la piscina y metió los dedos en el agua, y los movió lo suficiente como para crear un patrón bastante encantador a su parecer: una onda tras otra, una más grande que la siguiente, una más linda que la anterior, todas esperando su momento para nacer, y no eran hermosas, eran hermosísimas, ordenadas, proporcionales, secuenciales, predecibles, calculables, cíclicas. Perfectas. Siguió perturbando el agua medio hipnotizado por el movimiento, mientras sentía una satisfacción oscura al estar creando con sus propias manos algo tan hermoso. No era líquido, solo era maleable; lo líquido no es tan bello, lo líquido no es tan puro, lo líquido no da tanta paz, lo líquido.

Sí era líquido.

Sus ondas empezaron a deformarse, y conforme Ella más se acercaba, más se deformaban, hasta que ya no eran nada, solo una perturbación en el agua. Ella se acercaba y Él mordía su dedo anular, el que antes estaba en el agua. Sabía a químicos, sabía a líquido, no sabía mal, pero tampoco sabía bien. Hubiera preferido no morderlo y dejarse ser, pero tenía momentos de cordura, tenía momentos racionales. Ella se acercaba y Él la miraba con desprecio, con odio, con tedio; la miraba no queriendo mirarla, la miraba aburrido, y tuvo miedo. Otra vez estaba aburrido. Estaba aburrido antes, hace dos horas, hace tres semanas, hace un mes, pero no hace un minuto, hace un minuto estaba encantado, hace un minuto estaba extasiado, hace un minuto creó la perfección, pero ahora estaba aburrido. Ella se acercó apoyando sus brazos en el borde de la piscina para luego reposar su cabeza sobre ellos. Ella lo miraba sonriente y Él solo estaba aburrido, así que sacó su celular, lo tomó en su mano derecha y lo lanzó hacia la otra esquina de la piscina, creando una onda a lo lejos. El desconcierto se dibujó sobre todo el rostro de la que estaba en el agua, pero Él sonreía, con una sonrisa encantadora, galante, inocente. Ella seguía ahí, estática, observándolo, mientras Él seguía sonriéndole pensando en su estupidez. No en la de Él, en la de Ella. Se



obligó a hacer un movimiento con su cabeza acompañado de otra sonrisa, una insinuante, que la obligara a ir a buscar el aparato y Ella no tenía alternativa,

Nunca la tuvo.

Mientras Ella se alejaba, Él la veía alejarse pensando en el circo que había llegado a la ciudad. Odiaba los circos, pero mañana iría. Tal vez iría con Cecilia, o con Juliana, aunque puede que haya invitado a Marcela. Le gustaba Cecilia, no se aburría con ella; al menos no todo el tiempo. Hablaba poco, pero usualmente decía cosas interesantes, como que la cuerda nueva de la guitarra siempre se desafina como una táctica para llamar la atención del músico. Se siente en desventaja frente a las demás cuerdas, así que se pone difícil para intentar recuperar la atención que nunca le han dado. Cecilia siempre decía cosas así; no era mucho, pero era suficiente, y cuando no hablaba, que era casi todo el tiempo, hacia cosas curiosísimas, como intentar atrapar la luz de una lámpara entre sus dedos: cerraba un ojo, el izquierdo o el derecho, le daba igual, y juntaba sus dedos hasta que atrapaba la luz entre ellos, para luego dejarla ir, solo dejarla ir. De alguna forma ese tipo de niñerías no le molestaban a Él, por el contrario, le parecían de lo más entretenidas. Le gustaba pensar en Cecilia, así que pensó en ella, mientras Ella se alejaba hacia la otra esquina de la piscina. Se imaginó a Cecilia en el vestido de puntos que tanto le gustaba a Él, se la imaginó en la entrada del circo esperándolo. Cecilia es siempre muy puntual, así que era lógico que se la imaginara esperándolo. Tal vez estaría entretenida observando jugar a un niño, un niño que seguro Él odiaría, esperando el momento que el nene la mirara para sonreírle y hacerle caras graciosas. Tal vez, no es seguro, igual ¿Qué sabía Él de ella? Poco le importaba, así que no podría saber cómo se comportaría mientras lo esperaba en la entrada del circo. Los circos no le gustaban, odiaba los circos, desde niño le generaban una sensación extraña, como de irrealidad, eran un mundo alterno por el cual no se interesaba, los circos eran lo líquido en su estado más sólido. Todo en el circo le parecía ficticio, desde los animales

hasta las personas. Maquillaje, sonrisas, gritos, órdenes, espectáculo, aplausos; eso no podía ser real; sin embargo iría al día siguiente, lo más seguro es que iría con Marcela, aunque se imaginaba a Cecilia, con su vestidito de puntos, jugando con algún niño, haciéndole caras graciosas, haciendo del circo algo maleable, no líquido.

Una gota de agua le salpicó el brazo.

Ella había regresado colocando el aparato, ahora inútil, en el borde de la piscina. Ella había regresado y Él ya no podía pensar en Cecilia, así que la odió un poco y se lamentó el no haber llamado en lugar de Ella a Juliana. Juliana no le daría dolores de cabeza, Juliana le era completamente indiferente.

– Ahora sí que ya no te podré encontrar.

Él le sonrió, y le agradó la idea de no poder ser encontrado, así que se inclinó un poco hacia Ella y con su dedo índice, le dio unos golpecitos delicados en la punta de su mojada nariz. Ella sonrió y con un movimiento, que para otro pudo haber sido seductor, se llevó ese dedo a su boca y lo mordió. Solo fue la punta, y fue casi imperceptible, *pero* lo mordió. Quería alejarse de Ella y no dejarse ser, pero tenía momentos sin cordura, tenía momentos irracionales. Él sacó su dedo de la boca de Ella, y llevó esa misma mano a la coronilla de su cabeza, la dejó allí por un momento, y luego ejerciendo una fuerza casi cómica hizo que su cabeza descendiera hasta hundirse en el agua, sin que Ella opusiera resistencia alguna. La cabeza de Ella, la mano de Él, la superficie del agua. Él mantenía sujeta esa cabeza de cabellos oscuros bajo el agua, mientras se entretenía con la ondas que surgieron de aquella perturbación, eran de lo más de lindas, cíclicas, idénticas, hasta llegaron a ser perfectas. Estaba disfrutando de ese momento. Estaba disfrutando de la situación. De repente ya no estaba aburrido, estaba lleno de emoción, el corazón le empezó a latir rápido, y se le escapó una sonrisita de lo más inocente, de lo más divertida. Se percató que estaba sonando una canción de cuna muy bajito a lo lejos. Se percató que no había dejado de



sonar desde que entraron en el lugar. No la había escuchado hasta ese momento, y sonaba hermosísimo, ¿Cómo no la había escuchado antes, si sonaba tan hermoso? Luego se enteró que era Brahms quien sonaba. El punto es que la canción de cuna lo envolvió en una paz imposible, casi lo adormece, casi le da esperanzas. Mientras que la que se encontraba debajo del agua empezaba a dar sus primeros movimientos desesperados, Él cerraba los ojos y movía su cabeza al ritmo de la música, era el cielo lo que estaba sonando en su cabeza, porque ya no era de ese aparato externo del cual emanaba la melodía, era de Él mismo. Él era esa canción de cuna, Él era las ondas de un movimiento desesperado en el agua, y así como las ondas transmiten energía, Ella le transmitía su energía a Él y no era más que pánico, no era más que miedo en su estado más puro, y Él se alimentaba de esto, y le resultaba delicioso, totalmente pacífico. Ya no estaba aburrido, se sentía completo mientras sujetaba con más fuerza la cabeza de su acompañante debajo del agua, que luchaba por zafarse. Los pulmones ya le quemaban, estaba perdiendo la visión, su pulso cardíaco enloquecía, y Él lo sabía, y

se entretenía en Ella. Una onda detrás de otra, siendo cíclicas, siendo predecibles, siendo perfectas. De repente

La música paró.

Él soltó el agarre que tenía sobre Ella y Ella se apresuró a salir a la superficie, respirando con dificultad, frenéticamente, tosiendo, agarrándose el pecho, con los ojos llorosos y rojos.

— ¿Estás loco?!

Él resistió las ganas de decirle que sí, porque tiene momentos de cordura, tiene momentos racionales, pero en lugar de hablar se soltó a reírse como un loco, se tiró hacia atrás y se sujetaba la barriga mientras reía como un loco, golpeaba el suelo, le daba golpecitos a sus rodillas, empezó a llorar de la risa, su risa, que resonó en todo el lugar, hizo que el perro de la casa empezara a ladrar. Los vecinos no podían saber que alguien estaba ahí, se suponía que los dueños de la casa estaban de viaje, así que en un momento de cordura se recompuso, se levantó y la siguió a Ella, que ya estaba saliendo del lugar.

// Karen Amaya
Estudiante Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

Tagetes Lunulata

Cuando lo vi por última vez
tenía tres días de haber muerto
y todo él olía
a un popurrí bestial
y al aroma meloso y dulzón
del más allá.
No me asustó la carne que ya
comenzaba a hincharse, ni la lengua
morada y amorfa, ni
la legión de cresas que le seguían
pululantes.
En cambio me sobresaltó
la belleza pavorosa de su postrera orfandad,
y el desasosiego de sus pasos;
y las vívidas flores amarillas
que tenía florecidas,
en lugar de sus pupilas.



Poemas

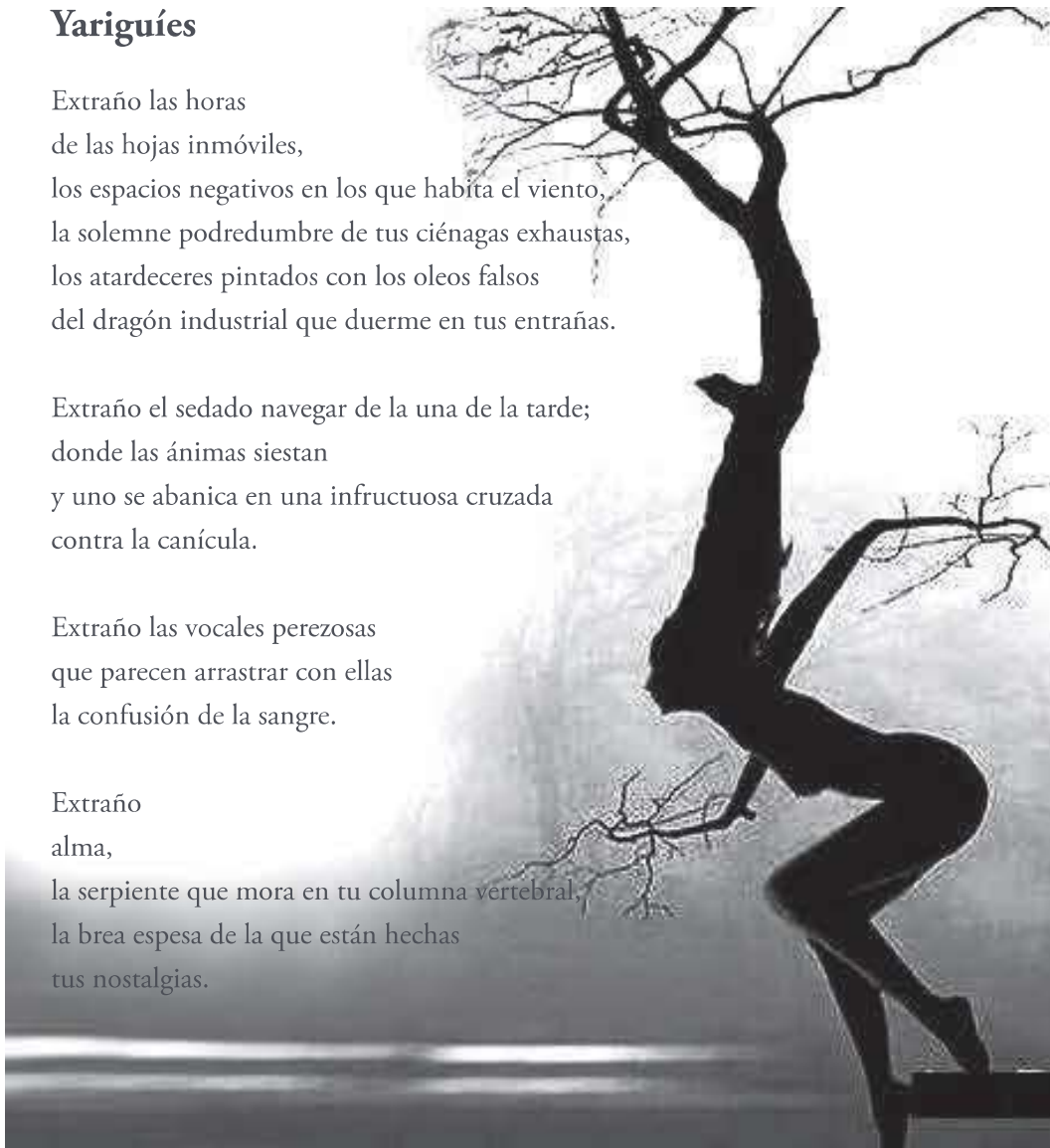
Yariguíes

Extraño las horas
de las hojas inmóviles,
los espacios negativos en los que habita el viento,
la solemne podredumbre de tus ciénagas exhaustas,
los atardeceres pintados con los oleos falsos
del dragón industrial que duerme en tus entrañas.

Extraño el sedado navegar de la una de la tarde;
donde las ánimas siestan
y uno se abanica en una infructuosa cruzada
contra la canícula.

Extraño las vocales perezosas
que parecen arrastrar con ellas
la confusión de la sangre.

Extraño
alma,
la serpiente que mora en tu columna vertebral,
la brea espesa de la que están hechas
tus nostalgias.



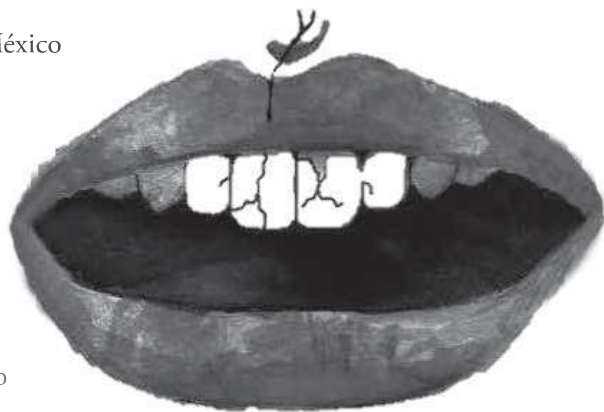
P.R.I

//Darío Pergó
Universidad Nacional Autónoma de México

Me da por aventar cosas al aire
una piedra las llaves una moneda
todo sirve mientras suba
y te aplaste al caer

Me da por ver con miopía en el cerebro
Monet cuenta una tragedia

Me da, en estos días,
por vomitar constantemente
y solo entonces me quedo quieto
Estoy para llenar un molde
y rápidamente cambiar de posición



Y no termino de decir
nunca ni una sola palabra
La moneda al aire
el cuadro y la náusea
son formas de mirarme en recuerdos